



CAPÍTULO VIII

Derrota de los moros por D. Pelayo.

Entre los demas capitanes que vinieron con Tarif á la conquista de España, uno de los más señalados fué Alcama, maestro de la milicia morisca, que era como al presente coronel ó maestre de campo. Éste, sabidas las alteraciones de las Astúrias, acudió prestamente desde Córdoba para reprimir los principios de aquel levantamiento, con recelo que con la tardanza no tomase fuerza aquel atrevimiento, y el remedio se hiciese más dificultoso. Seguía á Alcama un grueso ejército, compuesto de moros y de cristianos; llevó en su compañía á don Oppas, prelado de Sevilla, para ayudarse de su autoridad, y de la amistad y deudo que tenía con D. Pelayo, para reducirle á mejor partido, y para que con su prudencia y buena maña diese á entender á los que locamente andaban alterados, que todo atrevimiento es vano cuando le faltan las fuerzas, que los desvarios en materia semejante son perjudiciales, y los varones prudentes, cuando acometen alguna empresa, deben poner primero los ojos en la salida y en el remate; si Munuza ó algun otro gobernador los tenía agraviados, más acertado era alegar de su justicia delante de los moros,

que nunca dejaban de hacer razon á quien la pedía; tomar las armas, y fuera de propósito usar de fuerza. el intentarlo era locura, y el remate sería sin duda para todos miserable.

Con el aviso de que venia Alcama, los soldados cristianos se atemorizaron grandemente, y como suele acontecer, los que más blasonaban ántes del peligro y más desgarros decían, al tiempo del menester se mostraban más cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpetua felicidad de los bárbaros los amedrentaban, y á manera de esclavos, parecia que apenas podrian sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas las cosas se hallaban. El socorro de Dios y de los santos abogados de España, el esfuerzo y prudencia de D. Pelayo, ampararon á los que estaban faltos de ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro y contrastar con aquella gente desarmada y ciscada de miedo al enemigo ferroz y espantable por tantas victorias como tenía ganadas.

Para esto D. Pelayo repartió los demas soldados por los lugares comarcanos, y él con mil que escogió de toda la masa, se encerró

en una cueva ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga. Apercibióse de provision para muchos dias; proveyóse de armas ofensivas y defensivas, con intento de defenderse si le cercasen, y áun si se ofreciese ocasion, hacer alguna salida contra los enemigos. Los moros informados de lo que pretendia D. Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron á la puerta y entrada de la cueva. Deseaban excusar la pelea y el combate, que no podia ser sin recibir daño en aquellas estrechuras; por esto acordaron de intentar si con buenas razones podrian rendir aquella gente desesperada.

Encargóse desto D. Oppas; pidió habla á D. Pelayo, y alcanzada, desde un macho en que iba, como se llegase cerca de la cueva le habló desta manera: «Cuánta haya sido la gloria de nuestra nacion, ni tú lo ignoras, ni hay para qué relatarlo al presente. Por grande parte del mundo extendimos nuestras armas. Á los romanos, señores del mundo, quitamos á España; sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras; pero últimamente hemos sido vencidos por los moros, y para ejemplo de la inconstancia de la felicidad humana, de la cumbre de la bienandanza, donde poco ántes nos hallábamos, hemos caido en grandes y extremos trabajos. Si cuando nuestras fuerzas las teníamos enteras, no fuimos bastantes á resistir, ¿por ventura ahora que están por el suelo, pensamos prevalecer? ¿por ventura esa cueva en que pocos á manera de ladrones estais encerrados, y como fieras cercados de redes, será parte para libraros de un grueso ejército, que es de no ménos que de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que áun no parece está harto de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo que os conviene. Lo que si por el suceso de las guerras á ellos próspero, á nosotros contrario, no se entendiera bastantemente, estos intentos tan desvariados lo mostrarán. ¿Por qué no os apartais de ese propósito, y en tanto que hay esperanza de perdon y de clemencia, dejadas luégo

»las armas y rendidas, no trocáis las afrentas, »ultrajes, servidumbre y muerte (que será el »pago muy cierto desta locura, si la llevais »a delante) con las honras y premios que os »puedo prometer muy grandes, y seguis el »juicio y ejemplo de toda España más aína que »el ímpetu desenfrenado de vuestro corazon y »el desatino comenzado?»

Á estas palabras D. Pelayo: «Tú (dice) y »Witiza tu hermano y sus hijos debeis temer »la divina venganza, dado que por breve espacio de tiempo las cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. Vuestras maldades son »las que tienen á Dios airado; todos los lugares sagrados están por vuestra causa profanados en toda la provincia; las leyes, por su antigüedad sacrosantas, abrogadas. Por estos escalones pasastes á tanta locura, que metistes los moros en España, gente fiera y cruel, »de que han resultado tantos daños y tanta »sangre cristiana se ha derramado. Por las »cuales maldades, si entendemos que Dios cuida de las cosas humanas, vivos y muertos seréis gravísimamente atormentados. Tú más que todos, pues olvidado del oficio y dignidad que tenias, has sido el principal atizador »destos males; y ahora con palabras desvergonzadas te has atrevido á amonestarnos que »de nuevo bajemos las cervices al yugo de la »servidumbre más duro que la misma muerte; »esto es, como yo lo entiendo, que de nuevo »padezcamos los males y desventuras pasadas, »con que hemos sido hasta aquí trabajados. »¿Estos, éstos son aquellos premios magníficos, »éstas las honras con que convidas á nuestros »soldados? Nos, D. Oppas, ni entendemos que »las orejas de Dios nos están tan cerradas, ni »el corazon tan apartado de ayudarnos, que hayamos de confiar en tus promesas; ántes tenemos por cierto que su Majestad sin tardanza »trocará la grandeza del castigo pasado en »benignidad. Que si no estamos bastantemente »castigados, y aunque afligidos y faltos, no »nos quisiere acorrer, determinados estamos »con la muerte de poner fin á tantos males, y »trocar como esperamos esta vida desgraciada »con la eterna felicidad.»

Por la respuesta y palabras de D. Pelayo se



entendió la resolución que todos tenían de vencer ó morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demas desto convidados con el perdón, no se querían entregar ni daban oído á ningún partido. Fué, pues, forzoso venir á las manos y hacer fuerza á los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva, en que se descubrió el poder de Dios favorable á los nuestros y á los moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban, revolvían contra los que los arrojaban, con grande estrago que hacían en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran milagro: los cristianos animados y encendidos con esperanza de la victoria, salen de su escondrijo á pelear, pocos en número, sucios y de mal talle: la pelea fué de tropel y sin orden; cargaron sobre los enemigos con gran denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenían cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance: los demas desde la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo libanense por do corre el río Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, que deste suceso (como yo pienso) se llamó Causegadia, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban, de sí mismo se cayó en el río, y fué causa que gran número de aquellos bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrían en aquellos lugares pedazos de armas y huesos (en especial cuando con las crecientes del invierno las aguas comen las riberas) para muestra de aquella grande matanza. Pocos escaparon. Alcama pereció en la pelea, el obispo D. Oppas fué preso; entiéndese, aunque los historiadores lo callan, que conforme á las leyes de la guerra pagó con la vida: cosa muy verosímil por la grandeza de sus maldades, y por no hallarse más mención dél en la historia adelante.

Munuza, atónito con la nueva de lo que pasaba y no teniéndose por seguro dentro de Gijón, por el odio que le tenían los naturales, acometió á salvarse por los piés; pero cerca de

una aldea llamada Olalie, la gente de aquella comarca le dió la muerte, con que no sólo quedaron vengadas las injurias públicas, sino también aplacado el particular dolor que tenía D. Pelayo por la afrenta de su casa; y con tanto ninguna cosa faltó para que la alegría de la victoria no fuese colmada, como fuera necesario si se les escapara aquel hombre por cuya crueldad y demasías, forzados tomaron las armas. Sucedió esta pelea el año de nuestra salvación de 718, al mismo tiempo que en África Muza fué acusado delante del Miramamolín por Tarif, su contrario. Tomáronle cuentas del gasto y recibo en la guerra de España; no se descargó bien, y así fué condenado en grande suma de dineros, y él de pesar de la afrenta falleció poco después. Su hijo Abdalasis, después que gobernó á España por espacio de tres años, incurrió en odio de los naturales y de los de su nación, á causa que forzó muchas hijas de los principales; por esto en la misma mezcquita en que conforme á la costumbre de aquella gente hacia oración, fué muerto á manos de los suyos el año de 719. Díjose que su misma mujer Egilona le procuró la muerte por verse despreciada de su marido por otras que él más amaba. Quién dice que su soberbia y altivez le fué ocasión deste desastre, y el usar de insignias reales á persuasión á sí mismo y por consejo de su misma mujer. El principal en matarle fué un deudo suyo, por nombre Aiub, que se encargó y tuvo el gobierno de España por espacio de un mes, y de él dice el arzobispo D. Rodrigo que fundó á Calatayud, pueblo principal poco adelante de la raya de Aragón.

En el imperio de los moros, por muerte de Ulit, había sucedido su hermano Zuleyman, por el cual en lugar de Abdalasis fué proveído del gobierno de España Alahor, hombre fiero y cruel, no ménos contra los moros que contra los cristianos, porque despojó de sus bienes á los moradores de Córdoba sin otra causa bastante más del deseo que tenía de robar; hizo pesquisa y proceso contra los moros que fueron los primeros en venir á España, ca pretendían tener usurpados los despojos de los vencidos y de toda España. Deste dicen que desde



Sevilla trasladó la silla del imperio de los moros á Córdoba, y por entender que el daño recibido en las Astúrias fué por engaño del conde D. Julian y de los hijos de Witiza, los despojó de todos sus bienes y les dió la muerte, justo castigo de Dios que los traidores á su patria fuesen tratados desta manera por los mismos á quien sirvieron y llamaron en su ayuda desde África.

Tal era el estado de la cristiandad en España, para bueno no tal, para tantas tinieblas y tempestades no del todo malo. Luégo que don Pelayo ganó aquella gloriosa victoria, no sólo se arraigó y fortificó en las Astúrias, do dió principio á su reinado, sino que también bajó con su gente á lo llano; y allí trabajaba á los pueblos sujetos á los moros, talaba los campos, robaba y ponía á fuego y á sangre todo lo que se le ponía delante. Acudíanle á la fama de sus hazañas de cada día nuevas fuerzas y gentes, con que tomó por fuerza la ciudad de Leon, puesta á las haldas de los montes con que Galicia y las Astúrias parten término, lo cual sucedió el año de 722. Algunos piensan que desde este tiempo D. Pelayo se llamó rey de Leon: otros lo contradicen (personas de mayor conocimiento de la antigüedad), movidos por los privilegios y memorias de los reyes antiguos, de donde se saca claramente que los sucesores de D. Pelayo no se llamaron reyes de Leon, sino de Oviedo solamente. Á este mismo propósito hacen los sepulcros de aquellos primeros reyes, que se sepultaron en Oviedo y otros pueblos de las Astúrias hasta el tiempo del rey D. Ordoño el Segundo, que como fué el primero que se llamó rey de Leon, así bien se mandó enterrar en la iglesia de Santa María la Mayor que él mismo desde los cimientos levantó en aquella ciudad. Y sin embargo, se puede creer que luégo que la ciudad de Leon fué conquistada, mudaron las armas antiguas de los reyes godos en un león rojo rapante en campo plateado; insignias que sin duda, cualquier principio que ellas hayan tenido, se han conservado y continuado hasta nuestra edad. La ocasión de tomar estas armas fué que en lengua española con la misma palabra se significa el león y se llama aquella ciudad; por

donde como los de aquel tiempo, gente más dada á las armas que ejercitada en las letras, no advirtiesen la causa por que aquella ciudad se llamó Leon (que se derivó de Legio, palabra latina que significa cierta compañía de soldados), por esta ignorancia inventaron aquella manera de divisa y de armas.

Ayudó mucho para llevar adelante las cosas de los cristianos el esfuerzo de D. Alonso, el que después que alcanzó el reino, se llamó el Católico. Era hijo de D. Pedro, duque de Vizcaya. Descendía de la nobilísima sangre del rey Recaredo, y siendo más mozo, en tiempo de los reyes Egica y Witiza tuvo principales cargos en la guerra, y al presente, por el deseo que tenía de ayudar á la república, dejó su patria y su padre. Traía en su compañía en buen número de vizcainos, con que los cristianos se animaron grandemente, y sus fuerzas se aumentaron. Para obligarle más, y tenerle más prendado, le casaron con Ormisinda, hija de D. Pelayo. Los reyes que sucedieron en España, de estos príncipes tienen el origen de su linaje y su continua propagación. Con la venida de D. Alonso y con su ayuda, Gijón, lugar muy fuerte por su asiento y fortificación, Astorga, Mansilla, Tineo y otros pueblos de las Astúrias y en Galicia, fueron tomados á los moros. Púedese sospechar que D. Pelayo y los que le sucedieron, ganados estos pueblos, se intitularon reyes de Gijón, y que esto dió ocasión á algunos para pensar que se llamaron reyes de Leon, por ser los nombres latinos de estos dos pueblos, es á saber, Gegio y Legio, muy semejantes. Era fácil echar á los moros de los pueblos á causa que los moradores, como eran cristianos, mataban las guarniciones de los moros, y con esperanza de recobrar la libertad, con gran voluntad rendían á D. Pelayo las ciudades y plazas. Además que los moros se hallaban en las otras partes de España embarazados con grandes alteraciones de guerras enlazadas unas de otras, de tal suerte que no podían juntar ejército, ni resistir á los intentos de los cristianos.

Fué así, que por muerte de Zuleyman Miramamolín de Asia, África y España sucedieron en aquel imperio muy ancho dos hijos de



Ulit, Homar y Izit, por adopción de su tío; cosa nueva entre los moros, y no sé cuán acertada, que dos con igual poder juntamente reinasen. Homar falleció de su enfermedad dentro del primer año de su imperio. Con esto Izit quedó solo por señor de todo. Éste proveyó por gobernador de España á Zama, hombre de grande ingenio, y de grande ejercicio en las armas, y no de menor codicia que los pasados, ca inventó nuevos tributos y los impuso sobre las ciudades que le eran sujetas. En Narbona puso guarnición de soldados, y cerco sobre Tolosa, silla y asiento antiguamente en aquella provincia del imperio de los reyes godos. Sobrevino Eudon, duque de Aquitania, en socorro de los cercados. Vino á las manos con el bárbaro, en que le venció y mató con la mayor parte de su ejército en la pelea y en el alcance. Los que escaparon de la matanza, en tanto que de África se proveía nuevo gobernador, eligieron en lugar del capitán muerto á Abderrahman, hombre señalado en paz y en guerra, para que con su esfuerzo y prudencia entretuviese las cosas de los moros que estaban á punto de perderse.

Con el aviso de aquella desgracia fué de África enviado Aza, á quien otros llaman Adham, para que gobernase en España lo que quedaba de los moros, en lugar y en nombre de Miramamolín Izit. Éste fué ocasión que la provincia cansada con tantos males padeciese nuevos trabajos, por inventar como inventó tributos muy mayores que ántes, con intento de empobrecer los pueblos para que no tuviesen brío ni fuerzas los que tenían ánimo y deseo de levantarse. Pasó en esto tan adelante, que mandó á los pueblos y ciudades que se tomaron por fuerza pagasen al fisco y tesoro real la quinta parte de todas sus rentas y proventos, y á los pueblos que se rindieron á partido, ordenó pagasen la décima parte. Con esta condición se permitió á los cristianos que poseyesen sus heredades y haciendas, como por vía de feudo ó arrendamiento. El moro Rásis dice que hizo pagar á los moros la quinta parte de todos sus bienes con voz y color de ayudar á los pobres, que eran sin número en toda la provincia, como á la verdad fuese su intento que

enflaquecidos no tuviesen fuerzas ni brío para alborotarse. Procuró se edificase el puente de Córdoba sobre el río Guadalquivir. Sujetó algunas ciudades y pueblos á las haldas de Moncayo, que todavía se mantenían en libertad, y entre ellas tomó por fuerza á Tarazona y la echó por tierra. Concluidas cosas tan grandes dentro de dos años y medio que duró su gobierno, los suyos, que le aborrecían grandemente, se conjuraron contra él y le mataron dentro de Tortosa. Sucedióle Ambiza, Odra y Jahea, como lo dice el arzobispo D. Rodrigo: yo entiendo que gobernaron por algun tiempo á España, dividida en tres partes por no concertar las voluntades de todos, ni venir en uno, ó por ventura el gobierno de cada cual destos tres fué de pocos meses.

En Asia, sin duda por muerte del emperador Izit, sucedió en aquel imperio su hermano Iscam, que así lo dejó dispuesto el dicho Izit, con condición que adoptase por hijo y sucesor, como lo hizo, á su hijo Alulit. Encargóse Iscam de aquel imperio el año que se contó setecientos veinticuatro de nuestra salvación, y de los moros ciento siete, como lo dice el arzobispo D. Rodrigo en la historia de los árabes, que iguala los unos años á los otros; cosa que no debiera hacer, como en otro lugar se ha mostrado. Tuvo aquel imperio por espacio de diez y nueve años. Fué muy esclarecido príncipe por las cosas que hizo y su perpetua prosperidad, si no amancillara las demás virtudes con una insaciable codicia de juntar de todas partes tesoros, por donde si bien en riquezas sobrepujó á sus antepasados, incurrió en grande aborrecimiento de sus vasallos. En tiempo deste emperador gobernaron por orden á España, los siguientes: Odayfa, Himen, Autuma, Alhaytam, Mahomad. La aprobación y aplauso de todos no fué el mismo: el gobierno de cada cual apenas duró un año entero, y en particular Mahomad tuvo el cargo por espacio de solos dos meses, porque se halla que el año de Cristo de setecientos treinta y uno, después de todos éstos fué proveído en el gobierno de España Abderrahman, que debió ser el mismo que nombramos arriba. Las cosas deste gobernador fueron muy famosas, y el remate que



tuvieron muy alegre para los cristianos. Esto pide que se haga relación y memoria por menudo de todas ellas.

Aventajóse grandemente en la guerra, demás de las otras partes en que ninguno de los de su nación se le adelantó en aquel tiempo. Sólo fué cruel de su condición y áspero no más con los españoles que con los moros, que por la libertad del tiempo estaban estragados en muchas maneras. De aquí muchos tomaron ocasión de aborrecerle, en particular Muñiz, hombre principal, poderoso y animoso entre los moros, determinó de declararse contra él y alborotar la Galia gótica, que con ocasión de estar lejos y por el mal tratamiento de los que la gobernaban, le siguió con facilidad. En España, otrosí se le juntó lo de Cerdania, que está puesto entre los montes Pirineos. Eudon, duque de Aquitania, por valerse dél contra los franceses y moros que le molestaban, hizo con él liga. Fué Eudon en aquellos tiempos hombre grave, diestro y sabio, como se saca de las memorias antiguas; pero todo lo afeó con casar á este Muñiz con una hija suya, con intento de obligalle más con aquel parentesco. Era aquel casamiento ilícito, y siempre fué vedado en las leyes de los cristianos; así no sólo le fué mal contado, sino también le salió desgraciado, porque Abderrahman, avisado de lo que Muñiz pretendía, y de las alteraciones de aquellas gentes, marchó con su campo á lo postrero de España. Puso cerco sobre la ciudad de Cerdania: Muñiz, perdida la esperanza de defenderse contra enemigo tan poderoso y de huir si lo intentaba, y más de perdonar si se entregaba, acordó de despeñarse. Su mujer, que dejó en edad florida, y era de notable hermosura, junto con la cabeza de su marido fué enviada á África en presente muy agradable al supremo emperador de los moros. Muchos presumían que el desastre de Muñiz fué en venganza de las injurias que él había hecho á la religión cristiana, y de la mucha sangre de cristianos que con fiereza de bárbaro derramara. En particular hizo morir á fuego al obispo Anabado, varón muy santo, y que en la edad de mozo que tenía representaba costumbres de viejo.

Ensoberbecido Abderrahman con esta victo-

ria, rompió por la Francia con gran espanto de los franceses y godos que por aquella provincia moraban. Pasó por donde se tienden las riberas del Mar Mediterráneo hasta el río Ródano, sin hallar quien le hiciese resistencia. Puso cerco sobre Arles, ciudad principal en aquella comarca. Allí acudió Eudon con su gente, y vino á las manos con los bárbaros; pero perdió la jornada con tan grande estrago de los suyos, cuanto ninguno en aquella edad fué mayor, de que por largo tiempo dieron bastante muestra los montones de huesos que quedaron cerca de aquella ciudad en el sitio do se dió la batalla. Revolvió después desto á mano izquierda, y paseada con sus armas vencedoras gran parte de lo más adentro de Francia, cargó sobre la Aquitania, y pasado el río Garona, á las riberas del Mar Océano, asoló la inclita ciudad de Burdeos, y taló los campos, allanó los templos, sin otros infinitos daños que hizo.

En aquella parte con gente que de nuevo recogió Eudon, tornó á probar ventura, y presentó la batalla al comun enemigo del nombre cristiano. El suceso fué el mismo que ántes: contrario á los nuestros, próspero á los moros. Los de Angulema, los de Perigueux, los de Xantone y los de Potiers fueron asimismo trabajados con la llama desta guerra. En grande aprieto se hallaban las cosas de los cristianos, porque ¿quién pudiera hacer rostro á los vencedores de Asia y de África, y que poco ántes habían deshecho el imperio de los godos? ¿quién se atreviera á ponerse al riesgo de la batalla? ¿pelear con las invencibles fuerzas de aquellos paganos? La misma fama y la nombradía tenía puesto espanto á las demás naciones, y las tenía acobardadas y casi vencidas.

Era á la sazón mayordomo mayor de la casa real de Francia Carlos Martello, el cual, movido del peligro comun, con grandes levas de gente que hizo de Francia, Alemania y Austrasia, que es hoy Lorena, formó un grueso ejército. Muchos le acudieron de su voluntad y como aventureros, por el deseo que tenían de apagar aquel fuego perjudicial. Con estas gentes partió en busca del enemigo, determinado de darle la batalla. Llegó por sus jornadas á



Turs, ciudad muy conocida por el templo y sepulcro de San Martín, obispo de aquella ciudad, de asiento muy apacible, campo fértil, cielo saludable, do soplan ordinariamente los vientos de Poniente y Mediodía, y entonces estaba sujeta y pertenecía á la Aquitania. Fortificó sus estancias de la parte otra del río Loire, sobre que está edificada aquella ciudad, y esto para tener seguras las espaldas, que los enemigos por ser casi innumerables no los pudiesen cercar. Eudon, olvidado de la enemistad y diferencias que con Martello tenía, por el peligro común que todos corrían, juntó con él sus fuerzas: cosa que fué de grande importancia para la victoria. Los historiadores franceses dicen que los moros entraron y pasaron tan adelante en la Francia llamados de Eudon, que pretendía con el daño común satisfacerse de sus particulares agravios, que tal es la costumbre de los hombres mal considerados. Dicen más, que al presente mudó de parecer, á causa de que los moros sin tenerle algún respeto corrieron los campos de la Aquitania ó Guiena. Los historiadores españoles callan esto, y es forzoso que lo uno ó lo otro se haya hecho en gracia ó por odio de la nación española, ca Eudon era señor de Vizcaya, y lo de Aquitania le dieron en dote con su mujer. En negocio dudoso parece lo más cierto que los moros no fueron llamados por Eudon, y que la fama en contrario no es verdadera, pues peleó antes desto por dos veces con ellos á gran riesgo de su vida y estado.

Iban los bárbaros en busca de los nuestros con tanto orgullo que les parecía nadie se les pondría delante. Llegaron donde los nuestros alojaban. Dióse la batalla de poder á poder, que fué de las más dudosas y señaladas del mundo. Eran los moros cuatrocientos mil, que convidados de la fertilidad de Francia y por ser gente vagamunda, con sus hijos, mujeres y ropa habían pasado la mar para hacer en ella su asiento. El número de los cristianos era muy menor, pero aventajábanse en el esfuerzo y destreza del pelear, y lo que era más principal, tenían á Dios y la justicia de su parte. La esperanza por ambas partes era grande, y el miedo no menor. Acométense entre sí las ha-

ces, cierran y trábanse los escuadrones, embavécese la batalla por todas partes, que por gran espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria por los moros ni por los cristianos; pero en fin, la valentía y valor prevaleció contra aquella gran canalla. Grande y casi increíble fué la matanza: murieron trescientos y setenta mil moros, y lo que hizo mucho al caso para que la victoria fuese más alegre, el mismo Abderrahman quedó tendido entre los demás cuerpos muertos. De los vencedores faltaron hasta mil y quinientos, pequeño número para victoria tan grande, si bien eran de los más señalados, unos en valor y hazañas, otros en la nobleza de sus linajes.

La alegría por causa desta victoria fué colmada para todo el cristianismo, no sólo por sí misma, que fué muy señalada, sino por la muestra que se dió, y esperanza que todos cobraron de que aquella gente, hasta entonces invencible, podría, por el esfuerzo de los cristianos, ser vencida. Entre todos se señaló en esta batalla á dicho del mismo Martello el duque Eudon, que en lo más recio de la pelea, como lo tenían antes concertado, con los caballos ligeros y gente más suelta rodeó los escuadrones con tanta presteza, que ántes que mirasen en ello, cargó sobre los enemigos por las espaldas y los puso en confusión. Dióse esta dichosa batalla el año de nuestra salvación de setecientos y treinta y cuatro, que era el veintiuno despues de la pérdida de España. En este tiempo tenía el imperio de Oriente Constantino llamado Coprónimo. De las cartas de Eudon al pontífice romano Gregorio se supo en Roma y se tuvo aviso de la victoria y del número de los muertos, de que se entiende asimismo que el papa les envió tres esponjas benditas, es á saber, á la manera que se bendicen los *Agnus Dei*, y que todos los que alcanzaron alguna partecica dellas salieron de la batalla sin lesión alguna, cosa maravillosa, como verdadera. Los más cuentan á este pontífice Gregorio por el segundo de aquel nombre; la razón de los tiempos convence que no fué sino el tercero.

Abdalmelich sucedió en el lugar de Abderrahman, y tuvo el gobierno de los moros en España y en todo lo que della dependía, por



espacio de cuatro años siguientes sin señalarse en cosa alguna, sino en crueldad y en cohechar la gente que volvía en sí despues de tantos trabajos: tacha que no sólo afea á los príncipes y amancilla á los que gobiernan el pueblo, sino es muy grave delito. Como él era, así le sucedieron las empresas.

Tuvo comision y órden de acometer la Francia; pero perdida mucha de su gente á la pasada de los montes Pirineos, fué forzado de volver atrás. En el mismo tiempo, es á saber, el año setecientos y treinta y siete, D. Pelayo, primero rey de España, cargado de años y esclarecido por sus proezas, pasó desta vida en Cangas. Su cuerpo sepultaron en Santa Olalla Velaniense, iglesia que él mismo había fundado en tierra de Cangas. Allí también sepultaron su mujer la reina Gaudiosa. Sucedió en el reino sin contradicción D. Favila su hijo, y le gobernó por espacio de dos años: príncipe más conocido por su desastrada muerte y por la liviandad de sus costumbres, que por otra cosa alguna; pues sin embargo de las muchas guerras que tenía entre las manos, y que su nuevo reino estaba en balanzas, y más se conservaba por la flaqueza de los moros y revuelta de los tiempos que por las fuerzas de los cristianos, mostraba cuidar poco del gobierno, y tener más cuenta con sus particulares gustos que con el bien común; en especial era demasíadamente aficionado á la caza, y en

ella un oso que seguía desapoderadamente, le mató sin que dejase ninguna loa ni en vida ni en muerte. Fué sepultado en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo edificó en tierra de Cangas, en que se via otrosí antiguamente el sepulcro y lucillo de Froleva su mujer.

Un cierto diácono, llamado Juliano, griego de nación, docto en las dos lenguas griega y latina, por estos tiempos escribía en Toledo las antigüedades de España y las cosas que hizo D. Pelayo. Dícelo cierto autor. Hay quien diga que fué tesalonicense y arcediano de Toledo: ítem que se llamaba Juliano Lúcas: ítem que comenzó su historia desde el año cuatrocientos y cincuenta y cinco. Urbano, prelado de Toledo en lo postrero de su edad, Evancio, arcediano de aquella iglesia; Fredoario, obispo de Guadix, varones excelentes por la santidad de sus costumbres y por su doctrina, resplandecían en aquella escuridad de todas las cosas á la manera que las estrellas entre las tinieblas de la noche. Contemporáneo dellos fué Juan, prelado de Sevilla, que tradujo la Biblia en lengua arábica, con intento de ayudar á los cristianos y á los moros, á causa que la lengua arábica se usaba mucho y comúnmente entre todos, la latina ordinariamente ni se usaba ni se sabía. Hay algunos traslados desta traducción, que se han conservado hasta nuestra edad y se ven en algunos lugares de España.